

Jeffrey Alexander. 2019.
Sociología cultural.
Formas de clasificación
en las sociedades complejas.
México: Flacso México/Siglo XXI

Alonso Vázquez Moyers (México)*

Al inicio del curso de “Teoría sociológica I”, en el doctorado en Investigación en Ciencias Sociales en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México, el profesor Nelson Artega comentó que un sociólogo —como preámbulo para abordar alguna cuestión— dirá siempre: “se trata de un problema complejo”. Más allá de la fina ironía, es cierto que la sociología siempre busca comprender, describir y analizar —de preferencia en ese orden— la complejidad de los fenómenos. Por esa razón, cada vez es más necesaria la sociología como disciplina empírica.

La modernidad supuso transitar de sociedades con poca división del trabajo a sociedades altamente diferenciadas, es decir, complejas. Como si de un organismo pluricelular o de un sistema electrónico contemporáneo se tratara, las sociedades contemporáneas se caracterizan por estar compuestas de esferas en las que suceden actividades específicas, ya sean sofisticadas, o bien que se trate de instituciones, actividades (productivas, sobre todo) e interacciones con relativa autonomía del resto.

* Doctor en Investigación en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México. Profesor-investigador de la Escuela Judicial Electoral. alonso.vazquezm@te.gob.mx.

Sin embargo, la sociología de Emile Durkheim —uno de los autores clásicos en la materia— muestra, en particular en su obra *Las formas elementales de la vida religiosa*, que más allá de la complejidad creciente de las sociedades modernas, siempre habrá resabios ritualísticos.

El libro *Sociología cultural. Formas de clasificación en las sociedades complejas* contiene la propuesta teórica y metodológica del sociólogo Jeffrey Alexander, quien, además de realizar una crítica —en el sentido kantiano— a la teoría sociológica y repasar algunas obras y autores clásicos, como Talcott Parsons y su modelo funcional, propone una nueva forma de pensar la cultura y su rol en las sociedades contemporáneas.

El trabajo de Jeffrey Alexander resulta de gran relevancia para el pensamiento sociológico contemporáneo. Fue alumno de Parsons —uno de los sociólogos estadounidenses más destacados del siglo xx y fundador de la teoría funcionalista—; ha escrito libros que pormenorizan las corrientes más importantes de la sociología después de la Segunda Guerra Mundial, e identifica algunas de las tensiones más importantes en estas: la acción social vs. la estructura.

Los primeros cuatro capítulos de su libro son una exposición en torno a estos debates, propios de la teoría social y el lugar que los mismos han otorgado a la cultura. El planteamiento de Alexander es que la sociología ha analizado la cultura desde un enfoque débil, el cual “supone sugerir que la cultura es algo a explicar y ser explicado por algo totalmente separado del dominio del significado” (2019, 31). Incluso comenta:

En el peor de los casos de esta variable es la alta cultura. Desde esta perspectiva, los “sociólogos culturales” se han limitado a investigar los museos de arte y el gusto musical, los teóricos de la sociedad de masas hablan sobre el ocaso de la cultura en el mundo moderno (2019, 64).

Por el contrario, su propuesta teórica y empírica considera que la cultura es una esfera autónoma; es “un emplazamiento organizado de parámetros simbólicos entendidos significativamente” (2019, 65).

El mundo es significativo en cuanto a que no únicamente se actúa en él, sino también se experimenta. Entonces, la tarea del sociólogo —o del científico social, según lo enuncia el profesor Alexander— es descubrir esos significados subyacentes, los discursos y las elaboraciones simbólicas del mundo. En cuanto a lo empírico, esta propuesta permite responder preguntas como: ¿por qué ciertos acontecimientos, así como las instituciones o los actores que los llevan a cabo, son valorados como positivos o negativos en la esfera social?

A partir del planteamiento de Durkheim acerca de las formas religiosas, el texto expone que tanto individuos como colectivos, incluso en las sociedades modernas contemporáneas, dividen el mundo en términos binarios, a partir de las elaboraciones morales, discursivas y simbólicas de lo sacro y lo profano. La propuesta se refuerza con las ideas de otro clásico de la sociología, Max Weber, al incorporar las definiciones de bien/mal y justo/injusto, las cuales están sujetas a disputas en la esfera civil.

El capítulo sexto del libro presenta la metodología y el marco analítico que permite el estudio empírico para una comprensión cultural de las sociedades. De conformidad con el sociólogo estadounidense, la sociedad puede definirse en términos morales. La idea es presentar una serie de argumentos que hagan frente al nuevo utilitarismo y la teoría crítica para colocar a la sociedad civil en una dimensión simbólica.

El autor lo describe así:

La sociedad civil tiene sus propias organizaciones: los tribunales, instituciones de comunicación de masas y la opinión pública son los ejemplos más significativos. La sociedad civil está constituida por su propia esfera específica de élites, no solo por oligarquías funcionales que controlan los sistemas legales y de comunicación, sino por aquellos que ejercitan el poder y la identidad por medio de organizaciones voluntarias y movimientos sociales (2019, 126-7).

Sin embargo, más adelante añade que

la sociedad civil no es únicamente un espacio institucional[, puesto que] remite a un ámbito de la conciencia estructurada y socialmente establecida, a una red de comprensiones que opera por debajo y por encima de instituciones explícitas e intereses autoconscientes de las élites (2019, 127).

Por ende, existen códigos simbólicos específicos de cada sociedad que organizan y construyen su sentido. Los miembros de la sociedad se reconocen en dichos códigos y, a partir de ellos, construyen las categorías de puro/impuro. De esa manera, las acciones de las personas y los grupos se valoran en la esfera civil a partir de posturas binarias en torno a los discursos, las narrativas y los significados compartidos, que son el punto de partida para la elaboración de lo puro y lo impuro.

Para analizar las elaboraciones simbólicas y las disputas de sentido, Alexander elabora un esquema de análisis en tres planos.

El primero es el de los motivos; es decir, las atribuciones que los actores sociales hacen respecto de las intenciones o aspiraciones detrás de un determinado hecho. Se juzgarán como civiles cuando aquellas deriven de procedimientos libres y autónomos; contrariamente, si se considera que hay fuerzas que manipulan y controlan la acción, serán juzgados como anticiviles.

En el segundo se encuentran las relaciones; es decir, los vínculos. Estos pueden definirse como civiles si “se interpreta si son abiertas, críticas y francas, y anticiviles, si son cerradas, discrecionales y estratégicas” (Arteaga citado en Alexander 2019, 15).

Por último, están las instituciones. Estas pueden valorarse en uno u otro sentido, según se juzgue legítima la inclusión o exclusión, y si el uso del poder se considera abierto e incluyente o, al contrario, discrecional.

El capítulo séptimo presenta un análisis empírico concreto de la problemática que expone. Vale la pena detenerse en este.

Parte del mundo conoce, aunque sea de manera superficial, el caso *Watergate* y sus implicaciones políticas. Sin embargo, la pregunta que guía el texto no es cómo se construyeron las narrativas a favor y en contra de la actuación del entonces presidente estadounidense, Richard Nixon, sino cómo es que, de haber tenido poca relevancia al principio, se convirtió en un escándalo que terminó con su renuncia.

Aunque desde que se conoció el espionaje en las oficinas del Partido Demócrata los miembros de esa agrupación política lo consideraron como el mayor acto de espionaje político, para el ciudadano estadounidense —cuenta el autor— no tuvo mayor trascendencia. Es decir, se mantuvo en la esfera de lo profano, ya que no suscitó una disputa simbólica acerca del significado y los valores de la democracia estadounidense.

Sin embargo, la narración del hecho social cambió. Los cómo y los porqués son analizados por Alexander a partir de la creación del suceso como una amenaza. Según el sociólogo:

Durante el verano de 1972 se puede trazar un complejo desarrollo simbólico en la conciencia colectiva norteamericana, un desarrollo consensual que sentaba las bases para todo lo que vendría a continuación, incluso mientras no se produjo consenso en otros niveles sociales.

[...]

En las primeras semanas que siguieron a la irrupción en las oficinas generales demócratas, el “Watergate” existió en términos semióticos, como mero signo. La palabra únicamente denotaba un simple acontecimiento. En las semanas posteriores este significado adquirió complejidad quedando referido a una serie de acontecimientos políticos, procesos legales y detenciones. En agosto de 1972, el “Watergate” se transformó de un mero signo a un símbolo viciado, un término que, más que denotar eventos de suma actualidad, connotaba un sinfín de significados morales (2019, 161).

El libro resulta muy interesante para quienes cuentan con algunas bases de teoría social, pero también es un texto a partir del cual los no iniciados pueden acercarse al conocimiento que se ha producido en la sociología de los últimos años. Aun así, la escritura es académica y rigurosa, por lo que puede exigir un esfuerzo adicional. Para ello, es de gran ayuda la introducción que realiza el profesor Nelson Arteaga.

Como en todo ejercicio intelectual de corte académico, hay múltiples referencias a otros trabajos y corrientes teóricas; empero, como ya se ha explicado, dado que la intención es colocar a la sociología cultural como un campo en sí mismo, el repaso de Jeffrey Alexander permite comprender los esquemas conceptuales de las distintas teorías que analiza. Sin duda, su obra está destinada a convertirse en un clásico del pensamiento sociológico.